

SANTA CLARA

2°

En 1193 nació en Asís, una ciudad de Italia. Su Padre, Favarone Offeducio, era un caballero rico y poderoso. Su madre, Ortolana descendiente de familia noble y feudal, era una mujer muy cristiana, de ardiente piedad y de gran celo por el Señor.

Clara era muy alegre, tierna y sonriente. Le gustaba jugar y divertirse con sus hermanos y amigas. También la música y la literatura.

A los 18 años, oyó a San Francisco hablar de la pobreza y de la sencillez, así que su corazón se llenó de alegría.

-“¡Qué lindo es entregarlo todo! ¡Qué lindo es descubrir a Dios en las cosas más pequeñas y cantar sus maravillas!”

Entonces le pidió a Francisco que le enseñara a vivir así. Estas palabras del fiel enamorado de Dios despertaron un gran interés en el corazón de la joven, quien fue a pedirle ayuda para poder vivir según el Evangelio.

Ya en ese entonces se oía de los Hermanos Menores, como se les llamaba a los seguidores de San Francisco. Clara sentía gran compasión y gran amor por ellos, aunque tenía prohibido verlos y hablarles. Ella cuidaba de ellos y les proveía enviando a una de las criadas. Le llamaba mucho la atención cómo los frailes gastaban su tiempo y sus energías cuidando a los leprosos. Todo lo que ellos eran y hacían le llamaba mucho la atención, y se sentía unida de corazón a ellos y a su visión.

San Francisco la alentó a dejarlo todo por Cristo. Le dijo a Clara:

-“Es necesario morir, hermana, para resucitar en Cristo”.

San Francisco predicó en la catedral de Asís e insistió en que para tener plena libertad para seguir a Jesucristo había que librarse de las riquezas y bienes materiales.

Durante todo el día y la noche, Clara meditó en aquellas palabras que habían calado lo más profundo de su corazón. Tomó esa misma noche la decisión de comunicárselo a Francisco y de no dejar que ningún obstáculo la detuviera en responder al llamado del Señor, depositando en Él toda su fuerza y entereza. Clara estaba dispuesta a asumir las dificultades y, con coraje y mucha oración, se preparó para seguir la invitación de Jesús.

Cuando su corazón comprendió la amargura, el odio, la enemistad y la codicia que movía a los hombres a la guerra, comprendió que esta forma de vida era como la espada afilada que un día traspasó el corazón de Jesús. El que en la oscuridad es la Luz y que todo lo cambia y todo lo puede, aquel que es puro Amor. Renace en ella un ardiente amor y un deseo de entregarse a Dios de una manera total y radical.

Clara sabía que el hecho de tomar esta determinación de seguir a Cristo y sobre todo de entregar su vida a la visión revelada a Francisco, iba a ser causa de gran oposición familiar, pues el solo

hecho de la presencia de los Hermanos Menores en Asís estaba ya cuestionando la tradicional forma de vida y las costumbres que mantenían intocables los estratos sociales y sus privilegios. A los pobres les daba una esperanza de encontrar su dignidad, mientras que los ricos comprendían que el Evangelio bien vivido exponía por contraste sus egoísmos a la luz del día.

Para Clara el reto era muy grande. Siendo **la primera mujer en seguirle**, su vinculación con Francisco podía ser mal entendida.

Entonces Santa Clara se va de su casa el 18 de marzo de 1212, un Domingo de Ramos, empezando así la gran aventura de su vocación. Se sobrepuso a los obstáculos y al miedo para darle una respuesta concreta al llamado que el Señor había puesto en su corazón. Llega a la humilde Capilla de la Porciúncula donde la esperaban Francisco y los demás Hermanos Menores y se consagra al Señor por manos de Francisco.

De rodillas ante San Francisco, hizo Clara la promesa de renunciar a las riquezas y comodidades del mundo y de dedicarse a una vida de oración, pobreza y penitencia.

El santo, como primer paso, tomó unas tijeras y le cortó su larga y hermosa cabellera, y le colocó en la cabeza un sencillo manto, y la envió a donde unas religiosas que vivían por allí cerca, a que se fuera preparando para ser una santa religiosa.

Días más tardes fue trasladada temporalmente, por seguridad, a las monjas Benedictinas, ya que su padre, al darse cuenta de su fuga, salió furioso en su búsqueda con la determinación de llevársela de vuelta al palacio. Pero la firme convicción de Clara, a pesar de sus cortos años de edad, obligan finalmente al Caballero Offeducio a dejarla.

Días más tardes, San Francisco, preocupado por su seguridad dispone trasladarla a otro monasterio de Benedictinas situado en San Ángelo. Allí la sigue su hermana Inés, quien fue una de las mayores colaboradoras en la expansión de la Orden y la hija (si se puede decir así) predilecta de Santa Clara. Le sigue también su prima Pacífica.

San Francisco les reconstruye la capilla de San Damián, lugar donde el Señor había hablado a su corazón diciéndole, «*Reconstruye mi Iglesia*». Esas palabras del Señor habían llegado a lo más profundo de su ser y lo llevó al más grande anonadamiento y abandono en el Señor. Gracias a esa respuesta de amor, de su gran «*Sí*» al Señor, había dado vida a una gran obra, que hoy vemos y conocemos como la Comunidad Franciscana, de la cual Santa Clara se inspiraría y formaría parte crucial, siendo cofundadora con San Francisco en la **Orden de las Clarisas** o "**La Orden de las damas pobres**".

Muchas jóvenes se unieron a ella, y fueron aprendiendo en la oración, en el trabajo y en la vida en comunidad a crecer en el amor y en la pobreza. ¡Eran muy pobres, pero confiaban en que Dios las amaba! Ella era la superiora del convento, pero no se creía la más importante: sabía estar atenta a los demás, era humilde y maternal.

Pero un día, Francisco le pidió que comiera un poco más y que durmiera en un colchón para no enfermarse. ¡Qué gran amistad los unía!

Por el testimonio de las misma hermanas que convivieron con ella se sabe que muchas veces, cuando hacía mucho frío, se levantaba a abrigar a sus hijas y a las que eran más delicadas les cedía su manta. Hacía muchos sacrificios para ofrecerlos a Jesús: comía poco, dormía en el piso...

Cuando hacía falta pan para sus hijas, ayunaba sonriente y si el sayal de alguna de las hermanas lucía más viejo ella lo cambiaba dándole el de ella.

La humildad brilló grandemente en Santa Clara y una de las más grandes pruebas de su humildad fue su forma de vida en el convento, siempre sirviendo con sus enseñanzas, sus cuidados, su protección y su corrección. Lo que ella mandaba a sus hijas lo cumplía primero ella misma con toda perfección. Se exigía más de lo que pedía a sus hermanas.

Hacía los trabajos más costosos y daba amor y protección a cada una de sus hijas. Buscaba como lavarle los pies a las que llegaban cansadas de mendigar el sustento diario. Lavaba a las enfermas y no había trabajo que ella despreciara pues todo lo hacía con sumo amor y con suprema humildad.

En una ocasión, después de haberle lavado los pies a una de las hermanas, quiso besarlos. La hermana, resistiendo aquel acto de su fundadora, retiró el pie y accidentalmente golpeó el rostro a Clara. Pese al moretón y la sangre que había salido de su nariz, volvió a tomar con ternura el pie de la hermana y lo besó.

Con su gran pobreza manifestaba su anhelo de no poseer nada más que al Señor. Y esto lo exigía a todas sus hijas. Para ella "La Santa Pobreza" era la reina de la casa.

La vida de Sta. Clara fue una constante lucha por despegarse de todo aquello que la apartaba del Amor y todo lo que le limitara su corazón de tener como único y gran amor al Señor y el deseo por la salvación de las almas. Ella, al igual que San Francisco, veía en la pobreza ese deseo de imitación total a Jesucristo. No como una gran exigencia opresiva sino como la manera y forma de vida que el Señor les pedía y la manera de mejor proyectar al mundo la verdadera imagen de Cristo y Su Evangelio.

Siguiendo las enseñanzas y ejemplos de su maestro San Francisco, quiso Santa Clara que sus conventos no tuvieran riquezas ni rentas de ninguna clase. Y, aunque muchas veces le ofrecieran regalos de bienes para asegurar el futuro de sus religiosas, no los quiso aceptar. Al Sumo Pontífice que le ofrecía unas rentas para su convento le escribió:

-«Santo padre: le suplico que me absuelva y me libere de todos mis pecados, pero no me absuelva ni me libre de la obligación que tengo de ser pobre como lo fue Jesucristo». A quienes le decían que había que pensar en el futuro, les respondía con aquellas palabras de Jesús: «Mi Padre celestial que alimenta a las avecillas del campo, nos sabrá alimentar también a nosotros».

Siempre vivió una vida austera y comía tan poco que sorprendía hasta a sus propias hermanas. No se explicaban como podía sostener su cuerpo. Durante el tiempo de cuaresma, pasaba días sin probar bocado y los demás días los pasaba a pan y agua. Era exigente con ella misma y todo lo hacía llena de amor, regocijo y de una entrega total al amor que la consumía interiormente y su gran anhelo de vivir, servir y desear solamente a su amado Jesús.

Por su gran severidad en los ayunos, sus hermanas, preocupadas por su salud, informaron a San Francisco quien intervino con el Obispo ordenándole a comer, cuando menos diariamente, un pedazo de pan que no fuese menos de una onza y media.

Una vez, en 1224 la ciudad de Asís estaba en peligro. Eran los sarracenos atacaron la ciudad de Asís. Cuando se acercaban a atacar el convento que está en la falda de la loma, en el exterior de las murallas de Asís, las monjas se fueron a rezar muy asustadas y Santa Clara se les enfrentó a los atacantes. Ellos experimentaron en ese momento tan terrible oleada de terror que huyeron despavoridos.

Cuando solo tenían un pan para que comieran cincuenta hermanas, Santa Clara lo bendijo y, rezando todas un Padre Nuestro, partió el pan y envió la mitad a los hermanos menores y la otra mitad se la repartió a las hermanas. Aquel pan se multiplicó, dando a basto para que todas comieran. Santa Clara dijo:

-«Aquél que multiplica el pan en la misa, ¿acaso le faltará poder para abastecer de pan a sus esposas pobres?».

En una de las visitas del Papa al Convento, dándose las doce del día, Santa Clara invitó a comer al Padre, pero el Papa no accedió. Entonces ella le pidió que por favor bendijera los panes para que quedasen de recuerdo, pero el Papa respondió:

-«Quiero que seas tú la que bendigas estos panes». Santa Clara le dijo que sería irrespetuoso de su parte hacer eso delante del Vicario de Cristo. El Papa, entonces, le ordenó bajo el voto de obediencia que hiciera la señal de la cruz. Ella bendijo los panes haciéndole la señal de la cruz y al instante quedó ésta impresa sobre todos los panes.

Santa Clara estuvo enferma **27 años** en el convento de San Damián, soportando todos los sufrimientos de su enfermedad con paciencia heroica. En su lecho bordaba, hacía costuras y oraba sin cesar. El Papa la visitó dos veces y exclamó

-«Ojalá yo tuviera tan poquita necesidad de ser perdonado como la que tiene esta santa monjita».

Cardenales y obispos iban a visitarla y a pedirle sus consejos.

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>

San Francisco ya había muerto, pero tres de los discípulos preferidos del santo: Fray Junípero, Fray Ángel y Fray León, le leyeron a Clara la Pasión de Jesús mientras ella agonizaba. La santa repetía:

- *«Desde que me dediqué a pensar y meditar en la vida de Nuestro Señor Jesucristo, ya los dolores y sufrimientos no me desaniman, sino que me consuelan».*

El 10 de agosto del año 1253 a los 60 años de edad y 41 años de ser religiosa, y dos días después de que su Orden fuera aprobada por el Papa, se fue al cielo a recibir su premio. En sus manos, estaba la Orden bendita, por la que ella dio su vida.

Durante toda su vida, mucha gente la admiró y la quiso por su bondad, su ternura, su alegría y su sencillez. Todo lo entregó por amor, y lo puso al servicio de los demás.

Después de muchos años se enfermó y murió alabando a Dios, rodeada de las Damas Pobres, también llamadas "Clarisas", diciendo:

-*«Bendito seas Señor, por haberme creado».*

En la Basílica de Sta. Clara encontramos su cuerpo y muchas de sus reliquias.

En el convento de San Damián, se recorren los pasillos que ella recorrió. Se entra al cuarto donde ella pasó muchos años de su vida acostada, se observa la ventana por donde veía a sus hijas.

También se conservan el oratorio, la capilla, y la ventana por donde expulsó a los sarracenos con el poder de Cristo.

Aportación de Carlos Sotillos N.